



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

¡No te esfuerces, Hipólito!

En el invierno de 1916 invadió Adolfo Bracale, por primera vez la Habana en funciones de empresario de ópera, haciendo debutar su estelar conjunto en el recientemente inaugurado Teatro Nacional.

Figuraban en tal elenco con categoría estelar la famosa Amelita Galli Curci, considerada como la única rival de Maria Barrientos; la muy valiosa Tina Poli Randaccio, una de las mejores sopranos dramáticas que se han oído en esta capital a través de todos los tiempos y el gran baritono, caballero de la escena y del bel canto, Ricardo Stracciari. Entre los tenores Bracale presentaba a Hipólito Lázaro, cantante catalán de espléndidas cualidades, a quien muchos conocían por el sobrenombre cariñoso del "soldadito de Melilla", pues había sido sobre las candentes arenas moras, en los días en que servía al Rey, cuando empezó a hacer galas de sus maravillosas facultades.

Ya hemos dicho en otras ocasiones, que la colonia española de los pasados lustros era uno sola e indivisible y respaldaba con térrido entusiasmo todo lo que llegara a nuestras playas trayéndole saudades del viejo terruño. Dicha circunstancia explica el motivo por el cual Hipólito Lázaro fué acogido con grandes simpatías por el público hispano al cual Don Nicolás Riveró, desde sus "Actualidades" del "Diario de la Marina" le había dado casi a comprender que se hallaban en presencia de un nuevo Gayarre.

Y efectivamente, Hipólito Lázaro, joven, con una media voz acariciadora, unos agudos impresionantes y muchos sueños de gloria en su mente no dejaba dudar de que prontamente habría de convertirse en uno de los mejores tenores de la época, pero el avisado Bracale quiso explotar desde el principio, semejante oportunidad que le proporcionaría áureas ganancias.

x x x

Como actor, el "soldadito de Melilla" no podía convencer a nadie en aquel entonces, quizás por falta de buenos maestros, mas ¡qué dulzura había en sus notas cuando entonaba suavemente, como un susurro, el "Spirto gentil" o "Una vergine" de la "Favorita", el dúo de "Rigoletto" o cualquiera de las dos romanzas de la "Tosca"! Sin embargo no era todo. Queriendo demostrarle a sus múltiples

admiradores las aptitudes del nuevo astro que surgía en el firmamento operático, Bracale escogió para hacerla subir al palco escénico la inspirada partitura de Bellini: "Los Puritanos" y en advertencia especial del programa con afán publicitario, pero de muy mal gusto, desde luego, se hacía constar que en la romanza "Vieni, vieni" de dicha obra, "el tenor Hipólito Lázaro daría un "re natural", la nota más aguda de la garganta humana".

Obvio resulta afirmar que aquella noche de la representación de "Los Puritanos" la sala de nuestro máximo coliseo se hallaba completamente abarrotada de un público que acudía en su mayor parte, más que debido al espíritu artístico, por curiosidad deportiva, como quien demuestra interés para ver correr la milla en menos de cuatro minutos o saltar diecisiete pies con garrocha.

Llegó el momento ansiado. En medio de un silencio religioso, el cantante comenzó la romanza esperada que al final remató con una nota aguda, agudísima, que los entendidos en la materia no titubearon en considerar como un verdadero "re natural". La ovación estalló incontenible. Vitores, aplausos, gritos ensordecedores y no faltaron los que pedían hasta el rabo y las orejas para el emocionado tenor que a instancias del respetable público tuvo que repetir su brillante demostración.

Y otra ovación, más fuerte si cabe que la primera, fué el clamoroso colofón de semejante alarde, mientras a Lázaro, en medio de la escena y visiblemente emocionado, agradecía con ligeras inclinaciones de cabeza las patentes muestras de simpatía de los espectadores, hasta que notando la imposibilidad de poner término a tantos aplausos, avanzó hacia el proscenio y con acento que dejaba entrever su origen catalán, en tono casi amenazante, exclamó:

—¡Si no os calláis, lo canto medio tono más alto!

Fué entonces que desde las localidades altas, salió una voz rotunda, prepotente que conminaba imperativamente:

—¡No te esfuerces, Hipólito!

Y semejante exclamación tuvo la virtud de aplacar aquellos cálidos entusiasmos, permitiendo continuar la representación de "Los Puritanos".